

UNA APROXIMACIÓN A LA HISTORIA DE LA MASONERÍA EN MADRID

Cualquier estudio que pretenda realizarse sobre las logias afincadas en Madrid en sus etapas de mayor esplendor y protagonismo (segunda mitad del siglo XIX, dictadura primoriverista y II República) ha de partir del contexto social, económico y político en el que aquéllas se desarrollaron; así como de un conocimiento, siquiera básico, del léxico o la jerga distintiva de la Orden del Gran Arquitecto del Universo. Términos como Obediencia, Rito, Tenida, Templo, Columnas...etc tienen que ser "traducidos" al lenguaje profano si lo que se pretende es que el común de las gentes, los no iniciados, obtengan información inteligible de un colectivo humano singular, maltratado por una dictadura que decidió convertirlo en el chivo expiatorio por antonomasia de todas las lacras del Régimen. Ya dijo Francisco Umbral que los masones eran los judíos de Franco. Mientras que en los países anglosajones y nórdicos (o la vecina Francia, sin ir más lejos) la pertenencia a la Masonería constituye una nota de prestigio social, en nuestra nación ha ocurrido justamente lo contrario; pronunciar la palabra masón ha sido (y hasta cierto punto sigue siéndolo) tanto como invocar a una entidad luciferina.

La ignorancia y el desconocimiento lleva las más de las veces a la especulación descabellada, la animosidad y el rechazo irracional. Parangonando a D. Antonio Machado, (hermano masón, por cierto): la ignorancia "envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora"-

D. Benito Pérez Galdós gran conocedor y crítico de la Masonería, pone en boca de uno de sus novelescos personajes una frase que sintetiza ese miedo que es reflejo de lo ignorado:

"Ya sé. Tiene razón D. Luís, en Sevilla hay lo que se llama flammasones, hombres malos que se juntan de noche para hacer maleficios y brujerías"

Todavía hoy, entrados de lleno en el siglo XXI, anidan en el imaginario popular, los peores tópicos y los sensacionalismos más extravagantes: los masones son una especie de secta, un grupo de poder que conspira contra no se sabe muy bien qué o quiénes.

Sería iluso negar que para el no iniciado en Masonería, los ritos de la Orden, por su naturaleza discreta, que no secreta (el aluvión informativo de Internet es la prueba más evidente de que el famoso secretismo es una falacia malintencionada) arrastra una estela de misterio que propende a la fabulación. Pero no puede olvidarse que el Rito es consustancial a todo grupo iniciático, ya sea profesional, político o religioso. De hecho, la transmisión de saber y conocimiento ha sido desde el más remoto pasado una actividad confidencial, reservada, esotérica, para unos pocos. Esta tradición del secreto, guardada celosamente en el seno de las cofradías de constructores medievales y de sus logias operativas, fue heredada por sus sucesores del XVIII, los llamados masones especulativos. Con una peculiaridad: la Masonería de aquel siglo Ilustrado (el siglo educador, que dijera Ortega) se fijó un propósito completamente nuevo: el templo a erigir ya no era una mole de piedra, sino de orden intelectual.

En lo concerniente a la Masonería madrileña está sobradamente documentado que la primera logia fundada en nuestra ciudad, y por ende en nuestro país, lo fue en una taberna de la Calle Ancha de San Bernardo, llamada "Las Tres Flores de Lis" o la "Matritense", tal y como consta en el Libro de Actas de la Gran Logia de Inglaterra. Sus miembros eran todos extranjeros. Y no podía ser de otra manera a resultas de la persecución a que estuvo sometida la Masonería durante el reinado de los primeros Borbones. A esta manifiesta hostilidad contribuyó el que en 1738 fuera promulgada por el Papa Clemente XII una condena de las actividades masónicas. Desde esa fecha, el repudio de la Iglesia hacia la Orden del Gran Arquitecto del Universo ha sido permanente y obsesivo. La razón de fondo de semejante actitud es clara: la Masonería comete el imperdonable pecado de colocar a todas las religiones al mismo nivel, cosa que Roma, detentadora de la única y verdadera fe, no puede admitir, salvo que renuncie a su calidad de intercesora con la divinidad.

En realidad, no era tanto la Masonería la rechazada, como el pensamiento liberal, de la que aquélla siempre fue paladín. La seña de identidad del positivista siglo XIX es el librepensamiento y el liberalismo en lo ideológico y lo político. En este contexto es donde cabe encuadrar la famosa frase clerical: el liberalismo es pecado.

Con este telón de fondo adverso, era difícil que la Masonería madrileña, y cabe decir que la española, prosperase por sí sola. De ahí que el verdadero punto de arranque de la Orden en nuestro país coincida con la invasión napoleónica y sean afrancesados los primeros masones ciertamente españoles. Aunque si damos crédito a lo recogido por Pío Baroja en su obra "Aviraneta, o la vida de un conspirador", los patriotas afiliados a la masonería, y los afrancesados también masones, convocaban sus respectivas tenidas en Talleres de la capital físicamente cercanos. El "poblachón manchego" que era entonces la corte josefina de la capital propició situaciones tan surrealistas y chocantes. Lo que no cuentan ni las crónicas ni D. Pío, es hasta qué punto la fraternidad masónica estaba presente por encima de la lucha encarnizada que libraban patriotas e invasores en el mundo profano.

El francés sembró de logias la nación invadida, sentando involuntariamente las bases de una masonería que, una vez conquistada la independencia, actuó de manera autónoma, como masonería netamente española. Paradojas de la Historia, de las entrañas de la masonería bonapartista surgió nuestra masonería, punta de lanza del liberalismo en los años de rabiosa persecución a que la tuvo sometida Fernando VII, "el Deseado".

Habrá que esperar hasta la Revolución de 1868, llamada "La Gloriosa" para que los masones disfruten de un clima de libertad y tolerancia hasta entonces desconocido. Lo que no evitó, sino más bien alentó, el que los sectores más conservadores de la sociedad, con la Iglesia Católica al frente, mantuvieran sin modificaciones un clima de cruzada antimasonía permanente que ha llegado prácticamente hasta nuestros días.

Una característica de la masonería madrileña a lo largo de toda su historia es, lamentablemente, la falta de unidad. La rivalidad entre diferentes Obediencias fue una constante que impidió que la masonería alcanzara el grado de influencia social al que siempre aspiró. Este desgraciado hecho, me refiero a la torpe rivalidad entre Obediencias, deja en ridículo a los teóricos de la conspiración. La imagen de la Masonería, vista por el tamiz del prejuicio ideológico, es la de un grupo compacto, monolítico, una especie de ejército en la sombra prodigio de disciplina. Cuando la

realidad es muy otra. En las logias trabajan personas de cuño ideológico bien diverso. Una logia no es un partido que imponga una doctrina a sus militantes; una logia es un centro de unión de seres humanos que aprenden a convivir a pesar de las diferencias que en el mundo profano les separarían. Nadie se afana en Masonería por presentarse como poseedor de cierta verdad dogmática, y de hacerlo así, está colocándose automáticamente fuera del Templo. Hablar, por tanto, de Masonería resulta forzado (más aun para un masón). Habría que pluralizar y hablar de Masonerías, o corrientes dentro de la Masonería; por no hablar de las decenas de ritos que se dicen masónicos.

Esta diversidad y heterogeneidad, presente ya desde los mismos orígenes, en el seno de un colectivo universalista, dio lugar a casos paradigmáticos, como el de la logia madrileña "La Razón". Fundada en 1876, su existencia estuvo llena de altibajos hasta su desaparición en 1904. Se fundó como independiente; ingresó a los pocos años en el GOE; volvió a ser independiente para integrarse con posterioridad en la Confederación Masónica Española; más tarde en la Confederación Iberoamericana; suspendió sus trabajos durante un tiempo para ingresar nuevamente en el GOE y terminar escindida en dos Logias, una de las cuales se unió al Gran Oriente Nacional de España. Como es lógico, esta errática andadura repercutió inevitablemente en el ánimo de sus miembros, tan oscilantes en número como el propio devenir de la Logia "La Razón".

La masonería madrileña, y por extensión la española, nunca se identificó con un partido político concreto, al margen de que sus componentes, a título individual, comulgaran con tal o cual línea política. De hecho, los Estatutos masónicos establecían claramente que toda discusión política o religiosa estaba expresamente prohibida. Un colectivo que aspiraba a hermanar a los hombres por encima de querellas mundanas, rechazaba en sus asambleas o tenidas, todo aquello que históricamente había enfrentado a los seres humanos y provocado ríos de sangre.

La verdad es que, en no pocas ocasiones, este soslayo no pasó de la teoría. En un país tan polarizado política e ideológicamente como el nuestro, recién salido de la guerra civil entre carlistas y cristinos, el ruido de fondo de las luchas entre facciones cruzó

muchas veces el umbral de la Logia. Contar en las filas de la Masonería con nombres de peso en la política nacional (politizar a la Masonería, por tanto) daba caché y prestigio a la Obediencia de turno, pero también ponía en entredicho su condición iniciática. Intereses meramente profanos eclipsaban los fines primigenios de las logias más importantes.

Un ejemplo de la discutible coherencia masónica con que trabajaban algunos Orientes en el último tramo del siglo XIX fue el de Ruiz Zorrilla, líder del republicanismo, quien experimentó una más que meteórica carrera en la Orden: pasó de Aprendiz a Grado 33 (la cúspide de la pirámide en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado) en un solo día, para poder ser elegido Gran Maestro del Gran Oriente de España. Su iniciación, que tuvo lugar el 18 de Julio de 1870 y su vertiginosa ascensión, se debió a que la Obediencia pretendió valerse del poder y prestigio del afamado político, quien ocupó dos veces el cargo de presidente del Gobierno durante el reinado de Amadeo de Saboya.

Más de 6 décadas después, el 23 de Marzo de 1932, la Masonería en Madrid volvió a vivir un acontecimiento de similares características y enorme trascendencia histórico-política: D. Manuel Azaña, Jefe de Gobierno de la IIª República Española y Ministro de la Guerra llegó en su coche oficial a las puertas de la Logia "Matritense", afincada en el número 12 de la Calle Príncipe. El motivo de la visita del Sr. Azaña no era otro que "iniciarse" como aprendiz masón, con el nombre simbólico de "Plutarco". Lo llamativo del hecho, como ocurriera con el protagonizado por Ruiz Zorrilla, y otros políticos de renombre de su siglo, fue el nulo interés, la escasa sinceridad demostrada por los iniciados en lo concerniente a su identificación con el ideario masónico, en contraste con el peso de la pura y simple conveniencia política. Sin ir más lejos, los comentarios citados por el hombre de Estado alcalaíno en su diario, son cualquier cosa, menos elogiosos, descarnadamente reveladores: "No me interesó nada aquello". "Estuve tentado de marcharme". Hubo incluso quienes, como el socialista Jiménez de Asúa, manifestaban su descontento porque en su opinión, un estadista de su talla debiera haber recibido simultáneamente "cuatro o cinco salarios" (grados, en jerga masónica) Para mayor abundamiento, un acto ritual, que hubiera debido ser secreto y no rebasar las puertas del Templo, fue

propalado al día siguiente por el periódico madrileño "El Liberal". Lo cierto es que Azaña no volvió a pisar en su vida una Logia. Y es que política y masonería (y expreso una opinión estrictamente personal) casan ciertamente mal.

Si bien todas las clases sociales estaban representadas en las Logias madrileñas, el proletariado lo estaba en un número más representativo que otra cosa, no llegando al 7%. Lógico, si tenemos en cuenta que la creación de una logia en la época que tocamos no era precisamente una empresa sencilla. Saber leer y escribir eran insoslayables para el aspirante a masón y para que cualquier aprendiz pudiera integrarse en los debates de las Logias y extraer las necesarias enseñanzas de orden simbólico. En un país donde más del 60% de la población era analfabeta, incorporarse a la masonería quedaba al alcance de muy pocos. A esta primera criba, de tipo intelectual, se sumaba la selección económica. Del estudio de la documentación interna de los Talleres se desprende que el coste económico, sin ser escandalosamente elevado, no podía ser soportado por todos los bolsillos.

Al ingresar en Masonería, el aprendiz debía cotizar una suma que oscilaba, según las Obediencias, entre las 10 y las 20 pts y entre 2.50 y 4 pts la tributación mensual. En los años 20, en plena época primorriverista, ser iniciado en Logia podía suponer un gasto de 30 pts, lo que en aquellos días equivalía al salario de toda la semana de un trabajador bien retribuido.

Al otro extremo del arco social, encontramos a sectores de la burguesía de los negocios o de la aristocracia progresista: no más del 5% de los masones madrileños.

Las clases medias engrosaban la militancia masónica en la capital, en especial aquellos individuos pertenecientes a las profesiones liberales, como ingenieros, profesores, peritos mercantiles...etc. A estos sectores de cierto prestigio social había que sumarles profesiones como las de empleados de comercio, tenderos, dependientes, pequeños industriales, o artesanos por cuenta propia. Queda para el anecdotario masónico el que en la Iniciación del que fuera Presidente de la IIª República, Manuel

Azaña, el cargo de Venerable Maestro lo desempeñara un masón que en su vida profana era un humilde oficinista.

De estos profesionales liberales que nutrían mayoritariamente las logias, el sector más numeroso lo encarnaban abogados y médicos: un 13% de los 485 integrantes de los Talleres madrileños estudiados por Francisco Márquez y Carmen Poyán.

Parece claro que la masonería capitalina estaba compuesta en su práctica totalidad por una clase media de profesionales ilustrados de ideología progresista, que disientían del modelo social nacido de la restauración monárquica. Esta masonería de afanes intelectuales, crítica y culta, será tradicionalmente defensora del liberalismo y el laicismo frente al dogmatismo clerical y sus privilegios más escandalosos.

De todos modos, este perfil ideológico ha de matizarse para no caer en el simplismo (tan del gusto de los conspiranóicos,) que traza un dibujo de la Masonería como colectivo monolítico, sin fisuras, y en el que existe una especie de sumisión total a la voluntad de sujetos aureolados de un poder entre mágico y maléfico y siempre en la sombra, entre bambalinas.

Los avatares históricos de nuestro país y las peculiaridades de cada Obediencia, obligan a desechar, por puro sentido común, esa imagen tópica de manual antimasónico.

Nada hay más lejos de la homogeneidad ideológica que un Taller o Logia. Salvo unos principios generales que sirven de aglutinante, lo suficientemente abstractos como para no caer en dogmas doctrinales, los masones se definen, antes que nada, como librepensadores.

Esta seña de identidad, unida a la defensa del modelo democrático de convivencia, puso a la Masonería en el punto de mira del régimen autoritario surgido de nuestra guerra civil. Nada más finalizar aquélla, se puso en marcha la maquinaria represiva con la que se pretendía laminar toda oposición política. Los masones serían la pieza más preciada en la cacería del hombre puesta en marcha por el elegido que Dios había puesto al frente de los destinos del país. Los planes eran claros y concisos: el exterminio

del enemigo, en especial de los odiados los masones. El General Mola, el verdadero Director de la trama del Alzamiento lo había dejado absolutamente claro, y en uno de sus bandos especificaba sin ningún género de dudas cómo habría de desarrollarse la dinámica de exterminio: **“Se tendrá en cuenta- escribía el “Director” - que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir al enemigo que es fuerte y bien organizado. Desde luego serán encarcelados todos los directivos de los partidos, sociedades o sindicatos no afectos al movimiento, aplicándoseles castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldías o huelgas”**. Y Franco, el 15 de Setiembre de 1936, en calidad de comandante militar de las Islas Canarias, hace publicar un decreto de cinco artículos que no deja dudas acerca de su cerril inquina contra la masonería. Citaremos sólo el primero:

“La masonería y otras asociaciones clandestinas son declaradas contrarias a la ley. Todo activista que pertenezca a ellas tras la publicación del presente edicto será considerado como crimen de rebelión”

La depuración fue inmisericorde, muchos masones fueron fusilados por el simple hecho de pertenecer a la Orden del Gran Arquitecto del Universo, al aplicárseles el “bando de guerra”, un eufemismo para denominar el tristemente famoso paseo, utilizado con bárbara saña en un bando y en otro.

Tres meses más tarde, en virtud de un nuevo decreto, todas las inscripciones y símbolos de carácter masónico, o que pudieran ser juzgados ofensivos para la Iglesia Católica (no olvidemos que ésta se había apresurado en calificar de Cruzada al Alzamiento), debían ser destruidos o retirados de todos los cementerios de la zona nacional, en el plazo de dos meses. La obsesión antimasónica de Franco (con un hermano rotario, Nicolás; otro hermano masón, Ramón; y un padre probablemente también masón) no distinguía entre vivos o muertos si de masones se trataba.

Afortunadamente, el hecho de que Madrid fuera la última ciudad republicana en caer, permitió que el Cementerio Civil conservara abundante simbología masónica en muchas de sus tumbas. Aun hoy día es observable esta singular iconografía a pesar del triste abandono en que se halla el lugar por el desinterés de un Ayuntamiento más atento a otros menesteres.

Con la muerte del dictador, y tras cuarenta años de exilio, los pocos masones que aun quedaban vivos, regresaron del exilio. Dos Obediencias se disputaron entonces la herencia de la antigua masonería de tiempos de la República. El Gran Oriente Español y la Gran Logia de España. Desde esas fechas hasta el presente, la vida de la masonería española ha discurrido en la línea que la ha caracterizado siempre: la multiplicidad de Obediencias. Pero este capítulo merece otro apartado que a mí no me corresponde desarrollar.

Hno. Sorel

Respetable Logia Amanecer 31